



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

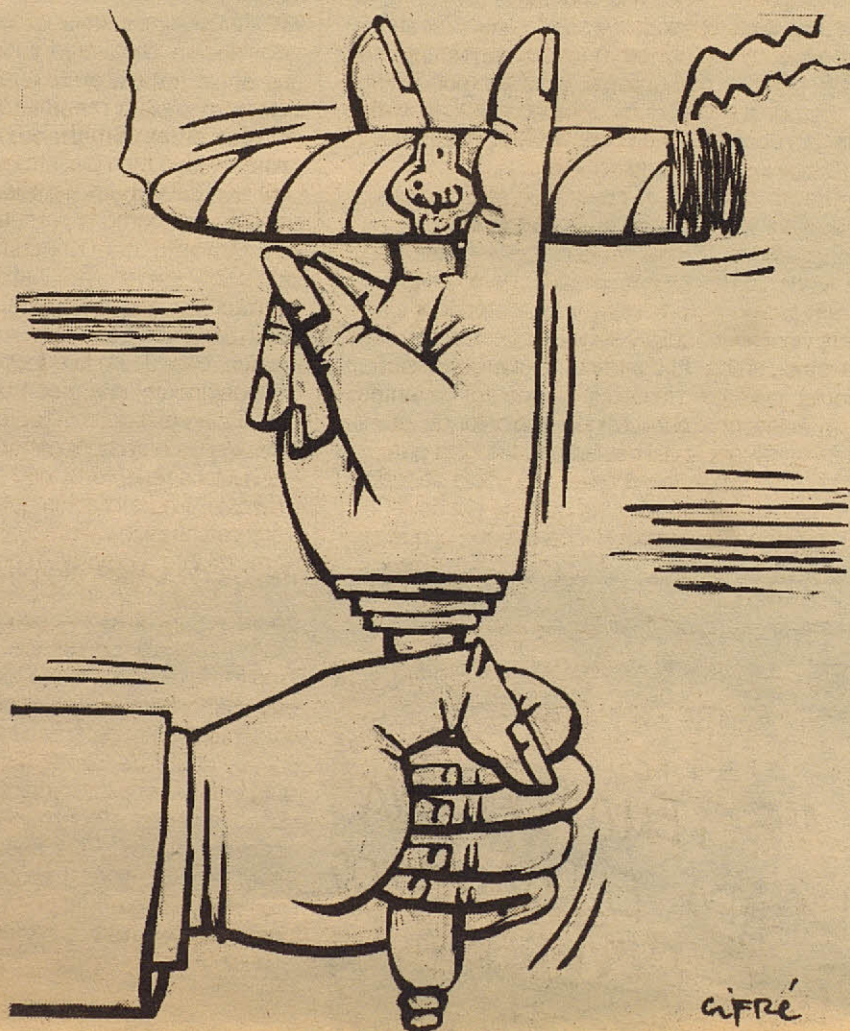
Kim Il Sung sigue oliendo a zorro

Corea del Norte teme a cuatro tigres: al americano, al japonés, al chino y, finalmente, al ruso. Será por eso que quería armas atómicas. Pero Kim Il Sung ha rectificado. Él sabrá quién se lo ordenó; todo el mundo tiene amo

Corea del Norte afloja. El gobierno comunista de Pyongyang no concedía visados de entrada, acusó al Gobierno de Seúl de querer atacar su territorio y planteó el riesgo de un conflicto armado general con Corea del Sur. La tensión actual, que ya ha cedido, trae al recuerdo la guerra entre ambas Coreas, que se inició en 1951, provocada por la agresión de los norcoreanos, que costó más de dos millones de muertos y que amenazó con que el conflicto terminara en una guerra nuclear. El entonces recién nacido Consejo de Seguridad de la ONU, formado tan sólo por USA, Francia, Gran Bretaña y la URSS —que se abstuvo, sorprendentemente—, apoyó el envío de militares y material de guerra para sostener a los surcoreanos. La mayoría de las tropas eran norteamericanas, según decisión del presidente Truman.

Inicialmente, los norcoreanos conquistaron muy de prisa gran parte del territorio de Corea del Sur, mandados personalmente por **Kim Il Sung**, un sátrapa comunista al que llamaban, y aún llaman, *el dios rojo*. Los norteamericanos, al mando del general **Mac Arthur**, apoyados por pequeños contingentes de otros países, en nombre de la ONU, y desde la cabeza de puente de Pusan, iniciaron una contraofensiva que les llevó, antes del invierno, a reconquistar Seúl y todo el territorio surcoreano, e incluso a invadir parte de Corea del Norte. Entonces China intervino en la contienda, y recuperó, para **Kim Il Sung**, todo el territorio que los americanos habían ganado en Corea del Norte, y se paró en el paralelo 38, que, en el armisticio de 1953, fue considerado como límite entre las dos Coreas.

Esta frontera invisible, rodeada de alambre de espino a una y otra parte, se la conoce con el nombre de *muro de Asia*. Nadie se atreve a atravesarlo, y las gentes de Pyongyang y las de Seúl solamente se acercan. Pero pueden, eso sí, entrar en el barracón utili-



zando para firmar el armisticio de 1953.

Ahora Corea del Norte cede en su amenaza de fabricar una bomba atómica propia y no abandona el Tratado de No Proliferación Nuclear. Su planteamiento anterior hizo que en el cogote americano volviera a soplar el viento helado del paralelo 38, pero ya se acabó.

Mientras, el maquiavélico **Kim Il Sung**, a pesar de que en política y en conflictos armados es más frío que una puñalada, y sabe darlas *afectivamente*,

es como un niño endiosado, y sigue recibiendo con agrado infantil todo tipo de halagos. Hace años estuve en Corea del Norte, y me dio vergüenza conocer la traducción de algunas tontas flores y lindezas como éstas: "**Eres el jefe más eminente de la historia humana desde hace miles de años**". O: "**Eres el padre de todos nosotros, y como buenos hijos estamos dispuestos a morir por ti**" o, ¡válgame Dios!: "**Eres el más dulce fruto de la tierra, tu olor de sabiduría**

inunda el mundo". Sí, sentí vergüenza ajena. Pero eso no fue nada comparado al rubor que sentí luego. A mi compañero y a mí, el guía nos dijo: "**No olviden llevar a la entrevista con el gran camarada algunos obsequios; a él eso le gusta mucho**". El cubano **Fayad Jamís** no tenía nada que regalar, como no fuese desprecio; y a mí me ocurría lo mismo. "**Vayamos a la Embajada de Cuba**". Fuimos. Allí no les pareció muy extraño algo tan absurdo: "**Llévense esta caja de tabacos Por Larrañaga y dos botellas de ron**". Y así, encorbatados como dos gilipollas, fuimos a ver al *dios rojo*, al inmenso, sabio **Kim Il Sung**. Nos abrazó y nos besó, pero sin propasarse, es decir, que no nos besó en la boca, como hacían los soviéticos. Mientras le dábamos los puros y el ron, un cámara filmó la escena para la televisión. Finalmente habló: fue rápido, dijo que el desarrollo económico de su país era asombroso, el mayor del mundo, y que así lo contaríamos en nuestros países. Y adiós, muy buenas.

Yo tenía unas ganas tremendas de salir de aquel país, pero antes me llevaron a visitar el puerto y la ciudad de Kimchaek, al norte, y luego al sur al paralelo 38, al barracón del armisticio, que los norcoreanos llaman *La casa de la victoria*.

¡Qué país! Sí, parecía industrializado, aunque sin exagerar, pero sometido a un sátrapa con cara de patata y ojos astutos; y su enumeración de los cuatro tigres que amenazan a Corea del Norte es insólita: el tigre imperialista americano, instalado en Corea del Sur; el tigre japonés; el tigre chino y, finalmente, el tigre ruso. A estos dos últimos tigres también les teme. ¿Será por eso que quería tener armamento atómico? Pero ha rectificado rápidamente y vuelve a estar dentro del club de los países no nuclearizados, y él sabrá quién se lo ha ordenado: todo el mundo tiene amo. **Kim Il Sung** sigue oliendo a zorro porque es un zorro.